



En torno a Borges, su mundo y una forma particular de comunicación

Reflexiones de una coleccionista de anécdotas

ESTA historia comienza cuando, un poco por casualidad, me convertí en coleccionista de anécdotas de Borges, con el fin de publicar un anecdotario. Durante varios meses, viajé mucho gratis, me contaron muchas historias y tropezé, también, con resistencia y fricciones. De estas fricciones y de la insistencia con la que se repelían ciertas situaciones alrededor del acto de contar/recitar una anécdota, surgieron algunas hipótesis de trabajo sobre las características de este género. (1)

El derecho de admisión

Maria Kodama me cuenta esta anécdota: "Estábamos en Egipto en un viaje no oficial, es decir, que éramos dos turistas más. Al llegar al hotel, Borges, que estaba agotado por el viaje, pide que nos suban el té con tostadas y mermeladas. Al rato, notan a la puerta y entran dos monjes cada uno con un plato en una bandeja. Borges pregunta: "¿Llegó el té, María?"

—No, Borges. Solo son dos monjes que han traído dos platos. A los pocos minutos hacen otra vez y entran otros dos monjes cada uno con una tina en una bandeja.

—¿Ahí ahora es el té, María?

—No, Borges. Son otros dos monjes que han traído dos tazas.

—María, ¿por qué no les explica a estos señores que el sistema borbónico no les va a llevar a nada bueno?— contesta, finalmente María, Borges.

Breve, fuertemente razonada, con una rígida organización interna, la anécdota conserva —aun en su forma escrita— la constitución propia de aquellos relatos que serán percibidos por el oído y no por el ojo. Si bien en algunas cosas el término "anécdota" es usado como sinónimo de trama o argumento, como género forma parte —si igual que el chiste o el cuento— de aquellos discursos que se manifiestan fieles a los mecanismos de circulación y transmisión sostenidos a la inversión de la imprenta: pervive, fundamentalmente, como práctica discursiva oral.

Trata de un suceso accidental, accesorio —de allí que se diga "cuento anecdótico"— pero curioso, fuera de lo común. En nuestro ejemplo, el lapso Borges pasa a ser un hombre común y corriente en un ámbito que no es el habitual (Egipto). Sin embargo, en la cuantificación de la anécdota Borges reafirma su mundo. En que el efecto anecdótico no consiste, según afirma Juan Carlos Emdin (2), en amenazar al personaje una propiedad nueva que antes no tenía sino, por el contrario, reafirmar una identidad que se percibe inalterable: se fortalece el mito, que brota de la hospitalidad de Borges. En este también que, a pesar de que el anecdotario borgeano parecía filmado —solo con los relatos de mis amigos y de los amigos de mis amigos (reiterar) se formaban constataciones abiertas que se racionalizan al infinito—, en realidad, se trata de una cantidad limitada de combinaciones posibles que, una vez agotadas desde el punto de vista estructural, solo pueden volver a repetirse.

Como práctica discursiva oral, sin embargo, la anécdota tiene, además de la función de ventilar el mito, una función de discriminación. Mucha gente critica a Borges por ser o contar sus anécdotas: el propietario se reserva el derecho de admisión.

El sobreentendido como garante

Nicolás Yanover me confía: "Hace un tiempo me encontré en Avenida de Mayo con Francisco GEL, un viejo vendedor de libros de El Ateneo. Borges le había pedido que le habían ido a visitar dos funcionarios del Ministerio de Cultura para ofrecerle un auto que él quería pero Borges les explicó que él no lo necesitaba."

—Pero Borges, usted es rico, con un auto puede desplazarse más libremente.

—Es que mis amigos se encargan de llevarme y traerme. Gracias— contesta Borges.

—Borges— insiste el funcionario—, no sea tonto. Piense que si usted no le toma lo va a aprovechar cualquier otro que lo necesite menos que usted.

—Bueno— se contesta Borges—, en un país donde hay tantas cosas en buena familia que haya algunas tontas.

Anécdota, significa, etimológicamente, inclusión en una lista de los miembros de la familia, de la circunscrita restringida del discurso tribal, del "entre". El sobreentendido es, por lo tanto, un aspecto constitutivo del género. Lo no dicho determina la posibilidad de producción/recepción y circulación de la anécdota en la medida en que, alrededor de él, se constataren los interlocutores. La anécdota de Egipto puede ser compartida por aquellos que conocen el mismo que habitar (conocen —y reconocen allí— las estrategias discursivas borgeanas. Fuera de este campo el relato corre de toda efervescencia que en el vacío. La anécdota del funcionario, en cambio, puede ser compartida por aquellos que perciben aunque nunca haya leído a Borges. La anécdota requiere de un contrato ético entre los interlocutores y tiene como garante al sobreentendido. Su público no es disperso, sino selecto. La zona de circulación de una anécdota tiene sus fronteras determinadas por aquellos que —numerosos o no— comparten un mismo universo referencial aludido y aludido, por aquellos que conocen y evalúan una situación de la misma manera, por aquellos cuya contracción es un saber común.

Por otro lado, ser propietario de una anécdota (por lo menos de Borges, haría falta verificarlo en otros casos) es poder —y hacer un monopolio— de cierto poder. Poder que decrece en orden jerárquico: ser participante de la anécdota, ser testigo, ser el difusor, el difusor, el difusor, hasta la protesta terrena persona del imperial "me confíaron" o "se dice". Ser propietario de una anécdota es tener la autoridad para discriminar y acordar el pulso de la recepción. Al mismo tiempo que se narra, se designan los interlocutores y se legitima la pertenencia a un grupo: se garantiza así la "seguridad" del sistema de propiedad y circulación de la anécdota.



dota y sus condiciones de recepción tribal. A tal punto el emisor es poderoso y "representador" (en la autoridad que le delegan sus representantes) que resulta inevitable la dramatización del personaje Borges en el relato de una anécdota, sobre todo en la que respecta a reproducir el tono de la voz y su forma de hablar. Se pone, así, en escena el pacto según el cual el emisor es "mediador" (discrecional por sus receptores) cuando exhibe autoridad de un tipo del que simular ser —según se estipula en el contrato— su legítimo propietario. Se trata, en realidad, de "un bien de familia" que comparte el grupo pero que oculta su origen de propiedad: es lo que se oculta al convenirse palabra y delegación.

El placer de escuchar una anécdota no reside tanto en el efecto sorpresa (como en el chiste) sino en la repetición, en la verificación de lo ya sabido en nuestro caso: comprobar la hospitalidad de Borges. Es el placer que produce el metódico reconocimiento —oblicuo e indirecto— de lo "terreno" a través de lo anecdótico. La anécdota es uno de los instrumentos a través del cual se logra que nociones o evidencias sociales en forma de "ya sabido" —ya consolidadas— puedan ser reactualizadas, por indicación del imaginario social, reactualizando en su eterna repetición (como las entradas de Prometeo al bajar a los dogmas, valores y valores socialmente aceptados, instituidos).

Es un discurso de control. Fija, ordena. Propone las imágenes que permanecerán en la memoria: podemos no saber mucho sobre la reina Isabel la Católica pero todos recordamos la anécdota de la venta de jenas para el viaje de Colón a España.

La misma función —la de asegurar la homogeneización del imaginario social, la de controlar la pervivencia y la reproducción de los mitos— tiene cuando aparece (ya en forma escrita) en relación con otros textos. Siempre como paratexto (en el discurso periodístico, en el histórico, en el libro de lectura o en la biografía), siempre relegada a los espacios marginales de la página del recuerdo, en el diario, el pie de página en cuerpo menor, en el libro de historia parece ocupar un lugar subsidiario. Sin embargo, cuida, confirma, designa una interpretación unívoca que el otro texto —el periodístico, el histórico— no puede hacer explícita sin provocar cierto escepticismo.

El lector también suscribe a un contrato en el espacio comunicativo central se vehicula información, pero es un texto inestable, lo que allí se dice puede someterse a cuestionamientos, a refutación. En cambio, la anécdota, desde su lugar periférico —simulando tender al olvido por su misma característica de accesoriedad— es la zona del resguardo. Discursivamente acepta lo que el otro desea —lo ficcional—, establece por su relación metalingüística con el otro texto una noción dualística con los blancos y negros del discurso central. En el ámbito donde se asientan las evaluaciones sociales, culturales, generacionales, etcétera, donde se reanuda toda interpretación cuestionadora, se refuta el mito, tridimensionalmente —no en forma más "realista" pero sí en forma más elocuente— un puente con la "realidad".

La pregunta que empieza a formularse, ahora, es qué sucede cuando la anécdota corre y se insinúa como pista literaria. La respuesta quizá pueda empezar a buscarse con Marcela y la generación del '30, en el medio de la charla, del "entre nos...". Pero, como suelen decir los contadores de anécdotas, eso es otra historia.

Telma Luzzani

(1) Sobre un trabajo presentado en el Congreso Nacional de Lengua, Universidad Nacional de San Juan, 29 de agosto de 1987.
(2) Emdin, Juan Carlos, Revista "Lenguaje" Nº 3, Buenos Aires 1973.

Reflexiones de una coleccionista de anécdotas [artículo]
Telma Luzzani.

Libros y documentos

AUTORÍA

Luzzani, Telma

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Reflexiones de una coleccionista de anécdotas [artículo] Telma Luzzani. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile